

Origen y significado del encendido del fuego nuevo

(AÑO NUEVO P'URHÉPECHA)
P'urhepecheri Jimbanhi Uéxurini

El mito, el rito, la fiesta, lo lúdico forman parte importante en la construcción de la cultura de un pueblo. La cultura p'urhépecha cuenta con una gran parte de estas tradiciones convirtiéndola por ello en una de las culturas más ricas que pueden existir. Tal vez una de las fiestas más importante es la del año nuevo. En este artículo el Lic. en Administración Pública, José Merced Velázquez Pañeda, del Centro de Documentación y Estudios P'urhépechas y miembro del Consejo de Cargueros del Encendido del Fuego Nuevo P'urhépecha de Cherán, nos presenta un recorrido histórico y vivencial de lo que significa la fiesta del año nuevo en la región p'urhépecha.

José Merced Velázquez Pañeda

Deseo iniciar la reseña sobre este acontecimiento que año tras año se realiza en las comunidades étnicas de la región p'urhépecha con una cita de Mircea Eliade en la que, a mi modo de entender, nos explica el origen y el sentido universal del año nuevo en todos los pueblos. Al respecto, argumenta:

«...Pero aquí se impone una precisión: si es probable que la intuición del Año en cuanto ciclo se encuentre en el origen de la idea del Cosmos que se renueva periódicamente, en los escenarios mítico-rituales del Año Nuevo se descubre otra idea de origen y de estructura diferente. Es la idea de la perfección de los comienzos, expresión de una experiencia religiosa más íntima y más profunda nutrida por el recuerdo imaginario de un Paraíso perdido, de una beatitud que precedía la actual condición humana. Puede ser que el escenario mítico-ritual del Año Nuevo haya desempeñado un papel tan importante en la historia de la humanidad especialmente porque, al asegurar la renovación cósmica, alentaba asimismo la esperanza de una recuperación de la beatitud de los comienzos. La imagen del año-Círculo está llena de un simbolismo cósmico-vital ambivalente, a la vez pesimista y optimista. Así pues el transcurso del Tiempo implica el alejamiento progresivo de los comienzos y, por tanto, la pérdida de la perfección inicial. Todo lo que dura, se desmorona, degenera y acaba por perecer. Se trata evidentemente de una expresión vitalista de lo real; pero no hay que olvidar que, para el primitivo el ser se revela -y se expresa- en términos de vida. La plenitud y el vigor se encuentran en el comienzo: es lo que podría llamarse el pesimismo inherente a esta concepción, pero hay que añadir inmediatamente la plenitud,

aunque perdida muy rápidamente, es recuperable periódicamente. El año tiene un fin, es decir, que va seguido automáticamente por un nuevo comienzo" (Eliade, 1994, pp. 5-56).

Sobre la fiesta ceremonial p'urhépecha

De acuerdo con lo manifestado por los propios miembros de la etnia P'urhé de nuestros días, los antecedentes de la celebración del año nuevo, se remontan a la época prehispánica, tiempo en el cual se realizaban diferentes ceremonias que tenían relación con los actos de la vida cultural en que se desarrollaba la sociedad p'urhépecha. Un documento histórico fundamental para tratar de entender el origen y desarrollo de estos acontecimientos es "La Relación de Michoacán" que en su apartado uno romano referente a *De la justicia general que se hacía*, correspondiente a la



segunda parte denominada... Síguese la historia como fueron los señores, el Cazonci, y sus antepasados en esta provincia de Michoacán, ahí se refiere lo siguiente:

«Había una fiesta llamada Equata Cónsquaro que quiere decir de las flechas, luego el día siguiente después de la fiesta, hacíase justicia de los malhechores que habían sido rebeldes o desobedientes, y echábanlos a todos presos en una cárcel grande y había un carcelero diputado para guardarlos. Y eran estos los que cuatro días habían de traer leña para los fogones, cuando el cazonci mandaba mandamiento general por toda la provincia que trujesen leña, quien la dejaba de traer lo echaban preso. Y eran estos: los espías de guerra, los que no habían ido a la guerra o se volvían de ella sin licencia. Los malhechores, los médicos que habían muerto alguno, las malas mujeres, los hechiceros, los que se iban de sus pueblos y andaban vagabundos, los que habían dejado perder las sementeras del Cazonci por no desyerbarlas (que eran para las guerras), los que quebraban los magueyes, y a los pacientes en el vicio contra natura. A estos echaban presos en aquella cárcel, que fuesen vecinos de la ciudad y de todos los otros pueblos, y a otros esclavos desobedientes que no querían servir a sus amos, y a

los esclavos que dejaban de sacrificar en sus fiestas. a todos estos susodichos llamaban Uazcata. Y si cuatro veces habían hecho delitos los sacrificaban. Y cada día hacian justicia de los malhechores, mas una hacian general en todo día, veinte días antes de la fiesta, hoy uno mañana otro, hasta que se cumplían los veinte días” (Relación de Michoacán, 1541/1997).

La celebración actual del Año Nuevo P’urhépecha

El rescate de esta celebración se logró gracias a la iniciativa de un grupo de personas de origen p’urhépecha que han ido adquiriendo formación en diferentes ramas de las ciencias y humanidades, todos ellos pertenecientes a la etnia y con ascendencia en las comunidades de las cuatro subregiones: Lago de Pátzcuaro, Sierra o Meseta, Cañada de los Once Pueblos y Ciénega de Zacapu.

De acuerdo al calendario que conserva hasta nuestros días este pueblo, el año p’urhépecha se compone de 365 días, la semana de 5 días y el mes consta de 20 días. En total, el año comprende 18 meses a los que se le suman 5 días aciagos, que los antiguos p’urhépecha los empleaban para reflexionar, meditar, realizar acciones de gracias a los dioses y a realizar sacrificios. Los últimos cinco días los pasaban a obscuras, es decir, no prendían para nada fuego, en espera de un nuevo ciclo que se asumiría con el encendido del fuego nuevo.

El día último de este ciclo anual entre los p’urhépecha, es lo que en el calendario mexicano es el primero de febrero. El nuevo ciclo inicia el segundo día de este mes, cuando la estrella conocida como «el arado» se encuentra en el cenit, siendo precisamente este momento cuando concluye un ciclo e inicia un nuevo período en el que se distribuye el fuego nuevo en todas las comunidades del territorio, como símbolo de nueva vida.

Durante la época prehispánica los antepasados p’urhépecha contaban con todo un calendario de fiestas y celebraciones que giraban alrededor de sus dioses y su religión. Las generaciones de ahora siguen manteniendo esta tradición, aunque ya fusionadas con los ritos católicos que les impusieron los invasores europeos a partir del siglo XVI. La celebraciones eran pequeñas y grandes fiestas, pues las había que duraban uno o varios días, según su importancia, ya que éstas estaban

dedicadas a los principales dioses, al cambio de las estaciones, el inicio del ciclo de las cosechas y a los períodos de siembra de maíz. Los principales centros ceremoniales eran sin duda Tzintzuntzan, Pátzcuaro, Zacapu y Zinápecuaro, en donde cada uno tenían sus templos para venerar a los principales dioses, constituyéndose así en centros de reunión para los habitantes de sus diferentes regiones del territorio p’urhépecha.

Como ya señalamos anteriormente, durante los 5 días que ellos consideraban nefastos, prácticamente se dedicaban a despedirse de sus familiares y amigos haciendo visitas y llevándose regalos pues tenían la creencia de que en estos días podía sucumbir el sol ante las tinieblas y la tierra podría quedar en la oscuridad, ya no se recuperaría jamás y concluiría la humanidad, sobre todo por los animales carnívoros nocturnos ante los que estarían inermes.



«Plegaria»

J. Merced Velázquez



Por ello, durante estos días no encendían el fuego en los hogares y se procuraba hacer plegarias y sacrificios personales en apoyo a Tata Juriata (Señor Sol) para sostenerlo en su lucha por la sobrevivencia, mientras los sacerdotes en los templos permanecían en vela y ofrendando a la divinidad del fuego sus plegarias. La noche del último día, se mantenían en ayuno y hasta entonces encendían el fuego nuevo con el que buscaban alentar al sol en su lucha y de esta manera se daba inicio a un nuevo año que coincidía con el inicio del ciclo agrícola.

Desde otro punto de vista, este día coincidió con la llegada de los europeos y con la celebración que ellos hacían a la Virgen de la Candelaria, haciendo referencia al fuego y a la vela, por lo que se le denominó el "día de la candelaria". Esta coincidencia favoreció que se aceptara el nuevo rito que se ofrecía a los antiguos habitantes de Michoacán. Con diversos grados de presencia, en unas y otras comunidades se conserva la costumbre de encender fogatas en los caminos durante la noche del primero al dos de febrero recordando así esta tradición ancestral.

Tomando en cuenta algunos aspectos antes señalados se buscó implantar la celebración del **Año Nuevo P'urhépecha** con la participación de algunos estudiosos amantes de la cultura michoacana, entre ellos el antropólogo y sacerdote Agustín García, ya fallecido, quien en colaboración de otros profesionistas de origen p'urhépecha, llegaron a la conclusión de que el día más apropiado para realizar dicha celebración era el día primero de febrero, para concluir con el encendido del fuego nuevo por la noche de ese mismo día y así iniciar un nuevo ciclo al amanecer del segundo día de este mes. En el calendario p'urhépecha esta fecha corresponde al inicio del ciclo agrícola que da principio con el paso de la constelación de Orión por el cenit del firmamento, dándose así las condiciones favorables para la preparación de las tierras de cultivo.

Importancia del fuego entre los p'urhépecha

Algunos otros fundamentos sobre la celebración del año nuevo y la importancia del fuego para los p'urhépecha se encuentran consignados en "*La Relación de Michoacán*", documento que ya hemos mencionado líneas atrás. En las ceremonias más importantes el sacerdote mayor iniciaba el discurso en esta forma: "...*Vosotros los del linaje de nuestro dios Curicaueri(...) ya nos hemos juntado aquí en uno, donde nuestro dios Tirípeme-Curicaueri se quiere quedar con vosotros...*" (Velázquez, 1998).

El dios Curicaueri era venerado en los templos llamados cués, en donde se le honraba quemando leña día y noche

por personas especializadas en esta actividad; era una obligación muy importante ser "quemador" de leña y estar al tanto para que no se apagara el fuego. Si por descuido el fuego se extinguía, era considerado como uno de los delitos más graves: "*Ticáteme(...) y díjoles a la partida: una cosa os quiero decir, que digais a vuestros señores, y es que ya saben cómo yo con mi gente ando en los montes trayendo leña para los cués...*" (Velázquez, 1998).

Uno de los grandes visionarios del imperio p'urhépecha fue Tariácuri, quien quedó huérfano de padre, cuando aún no era adulto y era pequeño de estatura, sin embargo, estaba destinado para el cargo de gobernante, una de las recomendaciones hecha por los sacerdotes que lo adoctrinaron era: "*Señor Tariácuri, ya tienes discreción: traí leña para los cués; dá de comer a Curicaueri*" (Velázquez, 1998), estas indicaciones fueron la prueba que cumplió con gran puntualidad. Este mismo personaje, en uno de sus momentos de graves problemas personales, incluso motivó que dejara de comer, pero no de cumplir con el encargo: "*de continuo no hacía otra cosa, sino traer leña para los cués, y no iba a su casa, más íbase a la casa de los papas y traía arreo veinte días de leña, y después otros veinte, y no quería*



«Tres»

José Merced Velázquez



comer nada, que estaba ya flaco y perdido el color, todo blanquisco. Tenía la cinta que se ceñía, medida muy allá en las tripas, y no se podía tener en los pies..." (Velázquez, 1998).

La simbología del fuego nuevo

Los elementos simbólicos que acompañan las celebraciones del año nuevo p'urhépecha comprenden diversas piedras. Una piedra en forma de pirámide con cuatro caras donde se van registrando los glifos que representan a las diferentes comunidades que han sido sedes. Otra piedra representa la figura de un pescado (K'urucha) alimento ancestral de los antepasados p'urhépecha, que da significado al territorio michoacano como "lugar de pescado" o "lugar de pescadores". Una tercera piedra que representa a la figura de un perro-coyote, animal sagrado al que se le atribuyen ciertos poderes. Una piedra de obsidiana enmarcada en un cuadro que representa al dios del fuego del pueblo p'urhépecha: el Curicaveri o Kurhikua K'eri que significa el Gran Fuego, el cual es venerado hasta nuestro tiempo y tiene una participación central en la ceremonia del encendido del fuego nuevo, esencia de la entrada a un nuevo ciclo solar o nuevo Tata Juriata.

Otros símbolos, resultado de la lucha del pueblo p'urhépecha que han sido incorporados a esta celebración, son la Bandera, que consiste en un lienzo de telas de cuatro colores que representan a las cuatro regiones que comprenden al territorio actual en que viven los p'urhépecha: el color morado representa a la región de la ciénega ó Tsiróndarhu, el color azul claro representa a la región lacustre ó Japúntarhu, el color verde representa a la sierra o P'ukúmintu y el color amarillo representa a la región cañada ó Eráxamani. En el centro del lienzo se identifica un escudo que representa la unidad del pueblo p'urhépecha conteniendo los siguientes elementos simbólicos: una obsidiana negra conteniendo una punta de flecha con resplandores en color blanco que representa al dios Curicaveri; un haz de cuatro flechas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales que representan el carácter guerrero de los p'urhépecha; una mano indígena empuñada que representa la unidad del pueblo p'urhé que se ha mantenido hasta este tiempo; finalmente, en la parte baja de la bandera se lee una inscripción en lengua materna: "juchari uinapikua" que significa nuestra fuerza, expresando con esto, el poder propio que tiene el pueblo p'urhépecha.

Caltzontzin, comunidad de varios nombres

La historia de la comunidad de San Salvador Combutsio Paricutín hoy conocida como Caltzontzin, tiene su origen en el asentamiento p'urhépecha de Uanato. Aquí en tiempos prehispánicos los grandes guerreros del Señorío, los kutsu arakua vigilaban los centros ceremoniales donde los cazonci o gobernantes p'urhépechas realizaban ceremonias visionarias sobre el futuro del imperio. Ahí se les reveló la visión del cambio sobre una nueva época. Con estos antecedentes, es así como surge una nueva comunidad denominada San Salvador Combutsio donde sus pobladores radicaron hace alrededor de 354 años, pero la erupción del volcán Paricutín trajo consigo repercusiones y cambios en la vida de la comunidad. Este evento geológico provocó la emigración de la población hacia un lugar más seguro cambiando nuevamente la forma de vida de sus habitantes: que ahora en su mayoría se dedican a la práctica de la medicina tradicional. Como sede del encendido del fuego nuevo en febrero del 2005, Caltzontzin se distinguió por darle un sentido más ceremonial a la celebración, destacando la espiritualidad indígena, que es la esencia de esta celebración desde tiempos antiguos.



«Comunión con el fuego» J. Merced

BIBLIOGRAFÍA

- Eleade, M. (1994). *Mito y realidad*. Madrid: Labor.
- Petámatis P'urhépecha y Fray Jerónimo de Alcalá. (1997). *La relación de Michoacán*. Morelia, México: Balaal editores. Edición original de 1541.
- Velázquez Pahuamba, J. et al. (1998). *Vocabulario práctico bilingüe p'urhépecha-español*. Morelia, México: INEA.

Otras referencias bibliográficas que se pueden consultar sobre este tema:

- "Moderno ritual político entre los p'urhépecha", en el libro: *Los Señores de Utopía*, de Eduardo Zárate
- "La reconstrucción de la nación p'urhépecha y el proceso de autonomía en Michoacán, México", en el libro: *El Reto a la diversidad*, de varios autores.
- Roth Seneff, Andrew, "Región nacional y la construcción de un medio cultural. El Año Nuevo P'urhépecha", en la revista: *Relaciones* número 52.
- Folleto de difusión del P'urhépecha Uinapikua Uéxurini Kaltzontzini, febrero 2005. Sin paginación.